

Iglesia católica, homosexualidad, homofobia, mártires y psicoanálisis

La erótica del martirio

[Manuel Talens](#)
[Rebelión](#)



Los casi dos mil años que ha cumplido la Iglesia católica convierten a esta organización humana en la más arcaica de la historia. Ninguna otra ha mantenido durante siglos una parálisis mental tan rigurosa, pues los sermones de Juan Pablo II conservan la lógica doctrinaria de los que sin duda pronunciaban los primeros papas en el siglo I de la era cristiana. Por ello, concedámosle a Roma, al menos, el mérito de la coherencia. Otra cosa es que las pompas y las obras vaticanas no chirrien en el tercer milenio, toda vez que

sus signos y símbolos adquirieron hace tiempo el aroma rancio de las antiguallas. Los ropajes cardenalicios han dejado de remitir a Dios para convertirse en una ambigua imagen de travestismo kitsch que provoca la sonrisa, pero lo que peor ha envejecido es el discurso narrativo que glorifica el rito voluptuoso de la sangre como paso orgásmico al paraíso: la erótica del martirio.

La ilustre y rigurosa teóloga católica Uta Ranke-Heinemann, autora entre otros libros del extraordinario *Eunucos por el reino de los cielos* y convenientemente excomulgada después, sostiene que la Iglesia católica es una sociedad homosexual desexualizada. Lo curioso es el contraste existente entre la homofobia de sus jerarcas, que siguen considerando la homosexualidad como un pecado y una aberración, y su apego enfermizo al martirologio cristiano, cuyo paradigma es la figura iconográfica homosexual pasiva de San Sebastián, con el cuerpo hermoso y semidesnudo penetrado por flechas fálicas que le producen un dulce sufrimiento. Por supuesto, la huella manflorita no se detiene en este santo, ya que la estética masoquista de mártires atormentados abunda por doquier en capillas y museos. Ojo, no digo que aquellos infelices fuesen gays, sino que sí lo es su *representación*. Uno de tantos, San Vicente Mártir, pertenece a la diócesis española de Valencia, en cuya catedral –en el ábside, dentro de una urna y a la vista de todos– se conserva su brazo incorrupto convenientemente erotizado y feminizado con anillos y perendengues. Siempre me ha parecido curioso que nadie haya escrito todavía un ensayo psicoanalítico sobre las características semióticas homosexuales, que son evidentes, de ese brazo martirial. Hace ya tiempo que el psicoanálisis describió la connotación sicalíptica del brazo masculino. Luis Buñuel, que era un perverso, un transgresor y más listo que el hambre, explotó el aspecto heterosexual de dicha connotación en su película *Viridiana* (plagada asimismo de otros símbolos sexuales que ahora no vienen al cuento), en esa escena donde la protagonista Silvia Pinal procede a la limpieza curativa del brazo del mendigo «leproso». Buñuel sabía lo que filmaba.



Un arzobispo español muy conocido por sus posiciones ultraconservadoras y que en sus arengas de los últimos tiempos no pierde ocasión para demonizar el proyecto de ley de los socialistas, que regulará pronto el matrimonio homosexual, se refirió hace unas semanas en una homilía al martirio de San Vicente Mártir en tiempos del emperador Diocleciano para compararlo con la insufrible «persecución» de que supuestamente es víctima la Iglesia católica por parte del PSOE (dicho sea de paso, la persecución es otro de los significantes históricos que la homosexualidad comparte con el cristianismo primitivo).

Las tímidas huestes de Zapatero, atrapadas en el torbellino de la «razón de Estado», son cualquier cosa salvo un peligro «real» para la Iglesia. Por ello, si a este absurdo símil arzobispal le aplicásemos la retórica de Uta Ranke-Heinemann –lo cual es lícito desde un punto de vista analítico–, en vez de la comparación lógica que sería de esperar en boca de un eclesiástico culto y equilibrado, parece más bien el eco freudiano de la culpa encubierta, que brota como un delirio desde estratos mentales muy profundos, reprimidos e inconscientes, y se proyecta con violencia contra el adversario, ya que éste –el PSOE– pretende hoy legalizar *lo que uno es, pero no desea ser*. Por otra parte, y siguiendo en el análisis, dada la rigidez doctrinaria que caracteriza al organigrama de Roma, la voz de los arzobispos «fieles» a los dictados de la cúpula no sería una voz propia, sino la de la institución a la que pertenecen,

que resuena en sus labios como si de un ventrílocuo se tratara. Esa voz, ay, estaría muy necesitada de un diván, pues más vale pedir consejo al psicoanalista antes de utilizar armas arrojadas capaces de convertirse en un boomerang.

Los conflictos dolorosos del Yo suelen desencadenar reacciones paradójicas. El inquisidor Torquemada, de origen semita, se encarnizó con los judíos. Hace unos veinte años el telepredicador evangélico Jimmy Swaggart, crítico feroz de la prostitución, fue sorprendido fornicando en un burdel. José María Aznar, con un fenotipo muy parecido al de Sadam Husein, escogió ser martillo de iraquíes.

«Conócete a ti mismo», dijo el oráculo de Delfos.

Imágenes:

San Sebastián, de Pietro Perugino (1448-1523)
Olga's Gallery (www.abcgallery.com/P/perugino/perugino.html)

Brazo de San Vicente Mártir
Catedral de Valencia (España)
www.fotovalencia.com/fotos/displayimage.php?album=16&pos=13

Manuel Talens es escritor español (www.manueltalens.com)